

---



---

## EXPERIENCIAS QUE CRECEN

---

Recibido: 12/08/2021

Aceptado: 20/09/2021

### Siempre es importante que recuerden que son estudiantes de la UBA

#### Entrevista a Martín Menéndez<sup>1</sup>

por Yanina García y Lucía Molina

### **C**ontanos sobre tu experiencia en el CUE: cómo fue que decidiste ir, qué materia diste, si fuiste solo o en equipo, cómo fueron los primeros contactos...

Llego al CUE de Ezeiza con la experiencia previa de mi paso por el CUD de Devoto. El Departamento de Letras abre esta excelente posibilidad, nos convoca y ofrezco dictar la materia Lingüística, que es una materia introductoria. En Devoto no había tenido mayores problemas, salvo algunos de orden administrativo: mi tarjeta de identificación para ingresar no estaba donde debía estar, un par de veces no pude entrar o me tuvieron que venir a buscar y esperé cuarenta y cinco minutos. Pero, llamativamente, en comparación con Devoto, la experiencia de Ezeiza era entrar en un lugar “ideal”, desde el punto de vista organizativo, espacial y geográfico. En Devoto algunas clases las dio Alicia Carrizo, la profesora adjunta de la materia; en Ezeiza las di siempre todas yo.

La primera vez que llegué al CUE no hubo ningún problema, pero en Devoto la primera vez era una sensación muy cinematográfica, se empiezan a abrir y cerrar las puertas detrás de uno y uno se pregunta: “¿se volverán a abrir? ¿uno podrá salir?”. Lo que pasa es que el ámbito, la entrada de Devoto, esa cuadra en la que está situada la cárcel es algo sacado de la realidad del barrio. Parece la escenografía de un estudio de cine –todos saben que a mí me gusta el cine– armado para eso. Vos llegás un día de lluvia y ves a la gente haciendo cola con chicos, con esas bolsas de yute, y tenés que pasar por delante de todos, te preguntan (los tonos varían) “¿Usted qué quiere?” y te abren cuando les decís “Vengo al CUD”. Es una situación en la que uno se siente un poco descolocado, pero se torna habitual.

---

<sup>1</sup> Las entrevistas de este *dossier* fueron realizadas de forma oral y luego transcritas.



**¿Te acordás cómo fue que decidiste participar esa primera vez, cómo tomaste contacto con el Programa UBAXXII o qué te motivó a sumarte?**

Me llegó un mail del Departamento, hace muchos años, e inmediatamente respondí que me interesaba, que estaba a disposición, porque me pareció una experiencia interesante, por un lado, y necesaria, por otro. Al mismo tiempo, creo que uno lograba llegar a un ámbito al que no había llegado nunca y en el que, por lo menos utópicamente, uno alguna vez pensó que deberíamos llegar. Tanto se habla de las cárceles, tanto se habla de los márgenes; ahora que tenemos la posibilidad de intervenir efectivamente, hay que ir. Desde el primer momento me pareció muy buena idea y dije que sí. Obviamente tengo la gran ventaja de tener una dedicación exclusiva y entonces podía hacerlo porque tenía disponibilidad horaria.

**Claro, vos fuiste muchas veces a Devoto, la primera vez en 2008, y después también a Ezeiza. Fueron varias cursadas. ¿Cómo fue tu experiencia en esos centros universitarios?**

Sí, fueron varias cursadas en ambos lugares. En términos generales las dos experiencias fueron buenas, pero desde el punto de vista estrictamente académico fue mejor el rendimiento en Ezeiza que en Devoto. Porque en Devoto todo es más problemático. En el CUD están todas las facultades. Está puesto en un lugar donde la gente entra, sale; hay un movimiento incesante y, además, los estudiantes participan en distintos tipos de actividades. Hay mucha gente, y es muy chiquito para toda la gente que hay. Entonces lograr que los estudiantes se concentren durante cuatro horas en el aula sin que interrumpan permanentemente es muy complicado, pero no imposible. Uno debe desarrollar lo que podríamos llamar “paciencia pedagógica”.

Ediliciamente, Ezeiza está infinitamente mejor que Devoto. En Ezeiza estás en el campo, hay espacio. Creo que influye notablemente. Vos llegás, independientemente de cómo llegás y más allá de que la entrada está llena de pozos, caminás y es muchísimo más accesible el lugar. Es un lugar abierto, mientras que Devoto es un lugar totalmente cerrado. En Ezeiza te reciben y en el camino hacia el centro ves gente trabajando en distintos tipos de actividades, talleres de carpintería, de costura y llegás a la parte de las aulas que está muy bien puesta; son aulas chiquitas, es un ambiente muy agradable. En Devoto vos caminás por un pasillo y ves filas de personas que no sabés si van al rancho o dónde van. Entrar en Devoto es una mezcla de *Crónica de un niño solo* de Favio y *Los evadidos* de Carreras (de hecho, esta última está filmada ahí).

El Servicio Penitenciario en ambos centros siempre fue muy correcto, pero en Ezeiza el trámite de entrada era rápido, entregabas el documento y te venían a buscar, y en cambio en Devoto algunas veces se retrasaba.

**¿Y en el aula? ¿Cómo fue tu experiencia en el dictado de clases?**

Siempre he notado muy buena predisposición por parte de los estudiantes. En general, las estudiantes en Ezeiza tienen muy buena predisposición y transcurre todo muy bien. Esto no va en contra de Devoto; en los dos lugares lo pasé bien, pero en Devoto es más complicado, como ya dije, lograr la concentración de los estudiantes. Ustedes me han tenido de profesor, saben que doy

cuatro horas de clase y son cuatro horas (con un recreo, por supuesto), y en Ezeiza las chicas aguantaban la clase; los chicos en Devoto se levantaban, volvían, los llamaban de un lado y de otro.

En relación con el estudio, las estudiantes eran más cumplidoras. Pedías algo para la clase siguiente y lo tenían resuelto. En Devoto costaba más, aunque ahí tuve un primer curso excelente, porque tenía gente más grande, que tenía un nivel de preparación en algunos casos notable. En los exámenes se notaban muchos problemas; uno trataba de ayudar, pero en Devoto hay gente que tuvo que cursar dos veces o más. Sumado a las dificultades que puede tener la materia, la formación de base era muy deficiente en la mayoría de los casos y eso se notaba durante la cursada y la evaluación. Por ejemplo, en Devoto tomaba parciales presenciales y en Ezeiza tomé parciales que los dejaba y me los mandaban, y era totalmente distinto. En síntesis, las dos experiencias fueron buenas con sus matices.

### **Hablaste de la buena predisposición de los y las estudiantes. ¿Cómo era tu relación con esos grupos en los centros universitarios?**

El grado de interacción con los estudiantes es mucho más próximo a lo que tenés en Puan, porque son muchos menos. Si vos cursás un seminario donde son seis personas, la interacción es totalmente distinta a si cursás una materia donde son 200; es esperable que así sea. La última vez en Ezeiza, por ejemplo, tuve seis o siete estudiantes. La pregunta que siempre hacen los que no conocen cómo es dar clases en la cárcel es: “¿te cuentan por qué están ahí?”. Eso depende de cada persona. Algunas quieren contarlo, y si tienen la necesidad de contarlo, escucho.

En los centros hay gente de distintas edades, de distintas nacionalidades. Eso generaba una cantidad de discusiones sobre cómo se dicen tales cosas, muy interesantes desde ese punto de vista. Cuando enseñaba teorías formales (que suelen ser menos accesibles en un principio) trataban de desviar el tema para ahí. Yo hacía chistes, obviamente porque había una complicidad. En Devoto, una vez les dije: “hoy traje una camisa a rayas para homenajearlos”. Se rieron como locos. Otra vez estaba presentando el cuadrito de rasgos en el modelo de Chomsky del 65 y el ejemplo del más abstracto, en el momento lo veo, decía “libertad”. Les digo: “el ejemplo es de Chomsky, ¿eh?”. Se rieron mucho también.

### **¿Hay alguna situación de clase que recuerdes particularmente o que te haya resultado significativa?**

Les cuento una experiencia de Devoto. Me acuerdo de que durante una de las primeras clases que di uno de los alumnos me pregunta algo muy interesante: “¿qué somos para usted nosotros?”. Y le contesté lo siguiente: “estudiantes de la carrera de Letras, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Yo estoy acá en la Universidad de Buenos Aires. El contexto exterior no lo ignoro, pero el rol que tienen ustedes aquí es el de estudiantes, y el mío es el de ser docente. Para mí son estudiantes de la Universidad de Buenos Aires o de cualquier universidad donde yo haya dado clase”. Esto los dejó totalmente shockeados, porque ellos tienen la idea del interno. Y agregué: “los voy a evaluar igual que a cualquier otro estudiante. Si damos menos temas, daremos menos temas porque las condiciones no lo permiten, pero ustedes son estudiantes de una carrera en una universidad; mentalícense de ese modo. Esto, sin duda, es un esfuerzo; a mí me parece una idea brillante y por eso estoy acá. Pero no es que ustedes sean estudiantes pobrecitos; se

---

les pregunta lo mismo que se le pregunta a cualquier estudiante. Es más, tienen más privilegios incluso que muchos estudiantes de Puan, porque tienen a los profesores cuatro horas por semana y son pocos, les pueden preguntar cosas que muchas veces los estudiantes de Puan no pueden. Aprovechenlo porque es una movida organizativa muy importante”. Y bueno, ellos hablaban del Servicio Penitenciario y los problemas. En Ezeiza eso no se daba, jamás hubo un comentario acerca del Servicio Penitenciario.

Había más materiales de la carrera de Letras en Devoto que en Ezeiza, pero más desordenados. Estaban todos los apuntes y había computadoras. Les decía: “Chicos, ustedes tienen todos los apuntes. Si hay algo que no puedo dar en clase, lo pueden leer perfectamente. No hay ningún cambio con respecto a Puan, sacando los obvios. En términos de aulas, ustedes tienen lo mismo que un estudiante de Puan, porque ustedes son estudiantes”. En Ezeiza, en cambio, el lugar estaba muy bien, no solamente estéticamente en términos de limpieza, de preparación; las estudiantes estaban todas las horas, interesadas, habiendo muchas veces leído, con dudas y tratando de seguir la clase. Los contenidos no son diferentes, pero cuando das Lingüística en Puan tenés más de cien personas, y si alguien no sabe cómo se determina un sujeto gramatical, vos ni te enterás (o cuando te enterás ya es tarde), pero acá surgía ese tipo de problemas y se iban resolviendo. Y se armaban discusiones, preguntaban, había interés.

### **¿En qué sentido te parece que son similares o diferentes las clases en Puan y en las sedes en contextos de encierro, especialmente en Ezeiza?**

Se adecua un poco la clase, en el sentido de que no es lo mismo, como les dije, dar clases para cien personas que para diez, pero los contenidos y la bibliografía son los mismos. Obviamente el nivel de presupuestos, cuando son menos, los hacés más explícitos y el nivel de interacción es más fluido. Al comienzo les cuesta mucho hablar, porque piensan “qué voy a decir, me van a evaluar”, pero ese hielo hay que romperlo, sobre todo porque obviamente para mí están en la universidad, pero también para ellas o ellos están en la cárcel. Entonces, me parece que ese movimiento, que es un movimiento simbólico de espacios, es muy importante. En clase cuando les explicaba alguna teoría les comentaba: “pensemos los roles: aquí hay muchos roles que se intercambian, el rol de ustedes aquí es el de estudiante y el rol mío es el del profesor”.

Además de buena predisposición, en los grupos he notado una gran conciencia de sus propias carencias, cosa que muchas veces no sucede en otros ámbitos; me refiero a carencias de educación formal anterior que también pueden tener los alumnos de Puan, pero jamás lo van a decir tan explícitamente. Les cuesta, por ejemplo, enfrentar un ritmo de estudio, las lecturas, una bibliografía que muchas veces es muy específica, pero lo van haciendo sin problema. Tanto en Devoto como en Ezeiza cumpla el rol de dar el teórico y el práctico, porque se da todo junto, entonces leemos los textos, los comentamos.

Les cuento una anécdota de Ezeiza que es muy significativa y me halaga, tal vez, en exceso; había una de las estudiantes que me mandó el parcial con una notita, donde me decía que como ella tenía muy mala letra y a mí me iba a costar mucho leer su letra, lo había escrito y después se lo había dictado a una compañera que tenía linda letra para que yo lo pudiera ver. Decía: “usted se merece leer una linda letra”. Es todo un símbolo. Y estaba muy bien el parcial, con mucho esfuerzo por supuesto, porque hay mucha carencia de base. Además del CBC, vendría bien algún curso de apoyo básico. Sin duda la idea de apoyos siempre es buena. Pasaría lo mismo con gente

que llega a la Facultad después de muchos años de estar fuera del sistema educativo, no solamente en términos de edad sino gente que hace diez años que salió del colegio secundario, entra a la universidad y es como empezar de nuevo a aprender cómo estudiar, que les resulte productivo el tiempo, cómo procesar tanta información, cómo dar un examen final, por ejemplo. Sé que se está trabajando en la Facultad.

**A partir de estas experiencias que compartís, ¿qué sentido tiene para vos dar clases en la cárcel? ¿Cuál pensás que es el rol de la universidad ahí? ¿Dirías que tiene una función pedagógica, social, política, cultural?**

Para mí la experiencia del Programa es muy satisfactoria. Me parece que es uno de los lugares clave de inserción de la universidad, efectivo en una acción de una intervención social, que por supuesto es política y es cultural. Si creemos que las cárceles no son pudrideros sino lugares donde la gente – más allá de los errores que haya cometido, que a nosotros no nos compete juzgar porque ya han sido juzgados– puede recuperarse, nuestra función es dar la posibilidad de que tengan un conocimiento de algo nuevo que les permita enfrentar la vida de otra manera y que no tengan que estar ahí sin hacer nada, que es terrorífico. Les solía decir un poco en chiste, un poco en serio: “ustedes no me pueden decir que no tienen tiempo para estudiar”. Y me decían: “mire que nosotros hacemos muchas cosas acá”. Les digo: “No lo dudo, pero tiempo tienen. Úsenlo, aprovéchenlo”.

Siempre suelo usar esta metáfora: para los estudiantes nosotros los docentes somos la ilusión del afuera, en el sentido de que nosotros representamos ese lugar en el que ahora no están y en el que tal vez estén el día de mañana. La experiencia en general fue muy buena, y de hecho el mejor ejemplo son algunos estudiantes de Devoto y algunas de Ezeiza que han dado el final de Lingüística en Puan y les ha ido muy bien. Me parece que es algo muy meritorio. Sé que ustedes trabajan muchísimo y que cuesta mucho porque sobre todo hay que derribar muchísimos prejuicios. Pero a mí me parece una tarea realmente muy interesante, muy productiva y cuando me llaman para dictar Lingüística siempre estoy dispuesto para ir.

**¿Y te pasó, después de pasar por esas experiencias en Devoto y en Ezeiza, de dar clases en Puan y sentirte interpelado de alguna manera a llevar a esa sede algo de lo que habías pensado para Devoto o Ezeiza?**

En general, me ha servido muchísimo la experiencia para hacerme ver a mí, y ayudarme a decírselo a los estudiantes de Puan, que valoren todo lo que tienen. La educación es un derecho y no tienen que estar agradecidos, pero tienen que saber que hay mucha gente que no llega a la universidad y que gracias a esa gente ellos están sentados ahí y no están para ocupar un lugar. Eso sí lo ves mucho más claro.

Hay gente que pregunta para qué se invierte dinero en la educación en las cárceles. La respuesta es muy sencilla: las cárceles, lo dice la ley, son lugares de reinserción social. Entiendo que en el momento en el que se cometen determinados delitos la gente reaccione de manera emocional; está esa expresión que me resulta horrorosa “espero que se pudran en la cárcel”, pero incluso tomando esa expresión horrorosa, nuestra función es mostrar que se puede aprender y mejorar. Alguien que esté en la cárcel también puede transformarse en un profesor dentro de la cárcel o

---

---

modificar la dinámica de la cárcel. La cárcel no debe ser un depósito de gente que no sirva para nada. Me podrían decir idealista, pero, por lo menos, este Programa muestra que algo podemos hacer. Nuestra tarea es tratar de hacerles ver por lo menos la posibilidad de lo que ofrece nuestra carrera, que es una carrera amplia que ofrece un panorama importante, no solamente la parte de lengua sino la parte de teoría, la parte de literatura, de lenguas clásicas. Y, sobre todo, creo que la carrera enseña a no dogmatizar, a pensar que hay otro punto de vista, a pensar reflexivamente y a tratar de adoptar una actitud crítica ante las cosas. Si logramos eso en algún grado, nos podemos sentir satisfechos. Ver, por ejemplo, que el lenguaje puede ser abordado desde distintos puntos de vista, que no hay un único punto de vista. Eso es todo un descubrimiento para los estudiantes.

**Nos hiciste acordar a un estudiante que está cursando afuera, que se dedica a la literatura, y comentaba que le había gustado cursar Gramática y Lingüística porque había podido “ver las palabras de otra manera”.**

Está muy bien. Un Programa como este ayuda a eso, que me parece una idea brillante y sé que no es fácil. Que se dicte Letras para mí es un logro muy bueno, porque uno nunca imaginaría que van a pedir esta carrera. Uno piensa que hay carreras que para ellos son más instrumentales, como para el resto de la sociedad, como Derecho, Ciencias Económicas. Letras evidentemente no es ese tipo de carrera, pero eso es igual fuera de la cárcel. Cuando uno le dice a su familia que quiere estudiar Letras no siempre es un motivo de alegría.

**Muchas gracias por responder todas las preguntas. ¿Querés agregar algo más sobre el Programa, para comentar a quienes lean y no conozcan el dispositivo?**

Me parece como experiencia muy satisfactoria, espero que siga y cada vez con más éxito. Lo más importante es que el Programa continúe y logre mejorar, en el sentido de tener más posibilidades. Me parece que sería muy útil que se contara con más medios que ayudaran a que la gente pudiera ir. En cuanto a carga horaria y dedicación, se cuentan como clases en Puan, cosa que me parece muy bien, pero sería bueno que se ayudara a los docentes en los traslados. Llego a la cárcel y doy clases, pero soy consciente de que para que yo llegue a eso hay una cantidad de trabajo que ustedes hacen sin la que sería imposible dar clases.

Incluso en el Servicio Penitenciario debe haber gente que piensa “¿para qué viene esta gente de la universidad acá?” y otros que deben decir “qué bueno que vengan”. Recuerdo que eso lo comentaban los chicos en Devoto, que veían una doble tendencia, que levemente la podías percibir, no en el trato, pero sí en cómo enfocaban determinados sectores del Servicio Penitenciario tu presencia o tu participación. Había gente no solamente muy amable, sino que te hacía preguntas, que se interesaba por lo que uno hace; otros no, aunque el trato era siempre correcto.

**Te queríamos agradecer además por participar del Programa desde sus inicios, ya que sos uno de los profesores pioneros, y también por difundir el espacio entre estudiantes y colegas. Algunos miembros del equipo nos enteramos de la existencia del Programa porque contaste tu experiencia en las clases de Lingüística o del Doctorado.**

---

---

Siempre cuento del Programa en las clases, porque me parece una experiencia no solamente muy interesante, sino que es muy útil. Considero que cuando hablan de la falta de inserción social de la Facultad, me pregunto ¿a qué llamamos inserción social? Ir a los lugares a los que en general la gente no quiere ir y que es tan necesario que vaya, porque hay que tratar de derribar prejuicios. Insisto: la cárcel no es un lugar agradable, pero hay que tratar de convertirlo —por más que suene un poco utópico— en un lugar para lograr que un grupo de personas mejore. Creo que la educación mejora. Tal vez parezca un poco ingenuo, pero es una ingenuidad muy productiva, al menos desde mi punto de vista. Permite ver las cosas de otro modo y, además, que la persona se valore. Intenté, más allá de que terminen la carrera, que, por lo menos, se vayan con un bagaje de algún conocimiento nuevo, que piensen, en mi caso, en el lenguaje, de otra manera. No es poco.

**Sí, de hecho hubo actividades en las que algunos estudiantes de Puan fueron a los centros y hubo algún intercambio. Y eso facilita también después la salida y la cursada de los estudiantes que van a Puan, que en los últimos años son cada vez más, y se visibiliza otra parte de la universidad, como vos decías.**

Sí, a una de las estudiantes de Ezeiza le tomé el final de Lingüística General estando ella afuera y le fue muy bien. Estaba muy nerviosa. Le decía: “tranquila, este es un lugar un poco más grande, pero tanto vos como yo somos las mismas personas”. Siempre es importante que recuerden que son estudiantes. Eso permite que la persona se sienta valorada en un lugar donde en general la desvalorización está a la orden del día, pero no solamente institucionalmente, sino también personalmente, porque en general muchas de sus historias de vida son muy duras. Me acuerdo de un magnífico estudiante, que era ingeniero. Él me dijo: “mire, yo estoy acá de por vida”. No pregunté nada y recuerdo que cuando tenía que dar el segundo parcial me mandó una carta diciendo que me agradecía muchísimo pero que estaba grande y que ya no sentía que podía cursar porque estaba cansado, pero que le había hecho muy bien, que iba a seguir leyendo por su cuenta. También podés ayudar en ese sentido.

**Martín, muchísimas gracias por la entrevista y por toda la participación en el Programa.**

---

---

## Un oasis en el penal

Myriam

Al CUE llegué algunos meses después de estar en el penal, por el comentario de algunas compañeras. Me hablaron de que había un centro de estudios universitarios y enseguida me puse en campaña para poder acceder, pero en el penal todo es esfuerzo. Mandé muchas, muchísimas audiencias hasta que por fin Educación me autorizó a ir al CUE.

El día que me llevaron casi muero de emoción, no lo podía creer, era un oasis dentro del penal, ahí todo era distinto, era una mini universidad, éramos pocas alumnas, que enseguida nos hicimos un lindo grupo.

A mí siempre me gustó el estudio, pero fui siempre autodidacta, nunca fui muy apegada a las normas, por eso no fui a la universidad estando afuera, reconozco que me equivoqué, pero nunca es tarde para subsanar los errores y hoy estoy a full con la carrera de Letras. Carrera que amo, me gusta mucho la literatura.

Estudiar en el penal tenía un valor extra, significaba despejar tu cabeza, mantenerla activa, un lugar donde te conectabas con el afuera. Un lugar donde se respiraba libertad, donde eras libre de expresarte y ser escuchada.

Me devoraba los libros, los docentes eran increíbles, mucha predisposición, mucha vocación, porque más allá de llegar al penal, era bancarse todo el franeleo del penal, esperar que nos lleven al CUE y que no pasara nada y se cortara el tránsito y nos quedáramos sin clases.

Había mucha empatía hacia nosotras, para ellos éramos alumnas, no presas. Quizás parezca una tontería pero para mí significaba mucho.

Al poco tiempo que empezaron las actividades a mí me llegó la libertad. Solo llegué a participar del grupo de estudio que daban Sabrina y Lucía y fue grandioso, no solo nos ayudaban a preparar los trabajos, ellas eran geniales, pasamos momentos inolvidables.

Cursé Literatura Norteamericana, Literatura Española II, Literatura Latinoamericana I, Problemas de Literatura Argentina, Gramática y Teoría y Análisis Literario con Parchuc, que fue la que más me gustó, me hizo pensar mucho y reflexionar sobre algunos conocimientos que yo tenía, es más, tengo los módulos y me gusta releerlos cada tanto. Me terminó de abrir la cabeza.

Más allá del encierro mi experiencia en el CUE fue maravillosa, me sirvió para retomar el estudio estando en libertad, me ayudó a sobrellevar esos dos años de encierro, me ayudó a enfrentar la libertad de una manera diferente, me dio seguridad. No tengo más que agradecimiento a todos los profes que me ayudaron a sobrellevar algo que sin el CUE me hubiese resultado muy difícil.

---

---

## Problemas de Literatura Argentina en el CUE, 2016

Soledad Quereilhac

Dicté la materia Problemas de Literatura Argentina en el CUE durante el segundo cuatrimestre de 2016. Ningún compañero o compañera de cátedra pudo acompañarme en ese momento, de modo que dicté sola el programa de ese año, “Literatura argentina y periodismo”, en clases semanales de 4 a 5 horas de duración. La materia está ubicada en un momento avanzado de la carrera, si bien puede ser cursada como optativa por todos los alumnos y las alumnas en el momento que deseen. Integra, junto con otras materias, la especialización en literatura argentina y latinoamericana de la Licenciatura en Letras. En los programas solemos incluir ejes que, como su nombre lo indica, problematizan cuestiones que atraviesan la literatura nacional en su conjunto (o en buena parte) y esa problematización por lo general es planteada con perspectiva interdisciplinaria. Intentamos incorporar en esta materia perspectivas propias de la historia cultural, la sociología de la literatura y la historia de la prensa y los medios masivos, con el objetivo de estudiar la literatura en el marco de contextos históricos concretos de producción y atendiendo también a su recepción y circulación, tanto en su contemporaneidad como en el devenir de la historiografía literaria, el armado de una “tradición nacional”, la incorporación de cierta literatura a la enseñanza escolar, etc.

En el programa de 2016, propusimos el estudio de los diálogos entre la literatura argentina y el periodismo escrito del siglo XX, buscando analizar diferentes redes de relación entre prácticas, tópicos y procedimientos tanto narrativos como periodísticos. Con perspectiva crítica e histórica, estudiamos cuentos, poemas, novelas, narraciones *non-fiction* y crónicas en el marco de los periódicos y publicaciones culturales en los que aparecieron por primera vez o, en los casos de los libros editados como tales desde su inicio, analizamos las formas en que el discurso periodístico ingresaba a la literatura (y viceversa). También estudiamos el fundamental rol de la prensa, desde el siglo XIX, en el proceso de autonomización de la literatura y de la profesionalización de escritores y escritoras. En un amplio recorrido que iba de Fray Mocho (alias de José Sixto Álvarez, 1858-1903) a Cristian Alarcón (1970), y que pasaba por Roberto Arlt (1900-1942), Rodolfo Walsh (1927-1977) y Ricardo Piglia (1941-2017), entre otros nombres, fuimos trabajando los diferentes géneros que surgieron de esa prolífica relación entre literatura y prensa a lo largo del siglo pasado y comienzos del siglo actual.

Si bien pasaron ya varios años, fue para mí una experiencia que dejó una marca muy fuerte, de esas experiencias de las cuales unx sale transformadx, porque aprende. Por causa de la superposición de actividades, y cierto estado permanente de desborde de la carga laboral, no pude volver al CUE a dictar la materia. Pero siempre está en mis planes poder retomar el dictado de esta materia o de Literatura Argentina II (una materia del ciclo inicial en la que también trabajo algunos cuatrimestres). Las razones de esta voluntad de volver son muchas; la principal es que, dado el contexto de encierro y las condiciones de vida en el encierro, la materia no solo pareció cumplir la función de cubrir una zona del plan de la carrera, sino que además permitió generar un espacio de discusión y de reflexión sobre la historia y la cultura argentinas, que de manera no forzada,

---

---

derivaba en comparaciones, alusiones o relatos de la vida en la cárcel de Ezeiza o de experiencias anteriores ligadas a la situación actual. Sin desviarnos de los textos literarios, sin perder el eje de una clase de literatura, algunas escenas representadas por Fray Mocho sobre la sociedad porteña del 1900, los fusilamientos de 1956 narrados por Walsh en *Operación Masacre*, el accionar de los escuadrones de la muerte de la década de 1990 recuperados por Alarcón en *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, o las tipologías de personajes porteños trazadas por Arlt en sus *Aguafuertes*, despertaron tanto el análisis de temas y procedimientos, como la deriva hacia saberes y experiencias previas –o contemporáneas– que se iluminaban de otra manera gracias a la interpelación de la ficción literaria. En las aulas de la Facultad, con sede en Caballito, este tipo de reflexiones puede darse, pero es menos frecuente y además está algo contenido por el pudor de salirse demasiado de los textos, de caer en comparaciones apresuradas, de aburrir a los demás con biografismos, entre otros reparos. Creo que la propia dinámica de la carrera, en parte, los justifica. Pero en un contexto de mayor cercanía, entre un menor número de personas (cursaron ese año 6 alumnas) y en situación carcelaria, dar espacio a esas asociaciones, a poder pensar el presente desde el enorme material crítico que ofrece la ficción, cobró un sentido más profundo, que entusiasmó tanto a las estudiantes como a mí. Pudimos, en definitiva, recuperar ese vital poder de evocación y de ilusión de la lectura a secas, más allá de que esas lecturas se dieran en el marco de una carrera universitaria. Asimismo, a través de ese pensar juntas se generó un vínculo de confianza, lo que permitió un buen funcionamiento de las clases.

El entusiasmo por la lectura y por la reflexión sobre diferentes momentos / aspectos de la cultura argentina a través de obras literarias y periodísticas generó un enorme compromiso con la materia por parte de las estudiantes. Las lecturas estaban siempre al día y todas hacían el esfuerzo de llegar a clase, también, con la bibliografía crítica leída. Aquí pesaban también las experiencias de formación previa: había estudiantes que ya habían pasado por la universidad y otras que tenían el secundario completo; no recuerdo con precisión si alguna de ellas había terminado el secundario en la cárcel. En todo caso, más allá del diferente grado de dificultad para lidiar, sobre todo, con conceptos críticos, siempre noté –y valoré en voz alta– la enorme dedicación, el compromiso con un ritmo de cursada, el haber entendido que si no leíamos las obras ni siquiera podíamos empezar el trabajo real de la clase: analizar, desarmar los procedimientos, entender su sentido y su significación, estudiar la intervención concreta de esa obra en el campo literario y cultural de su época, etc.

Todos los días, las estudiantes me esperaban con diferentes comidas para compartir durante el recreo. La torta de ricota era mi preferida, por lejos. También tenían una taza preparada con diferentes té, porque yo tomaba varios durante esas horas. Cuando les decía que no debían molestarse con tantas atenciones, me decían: “Al contrario, encima que venís hasta acá...”. Siempre me llamaba la atención el comentario, que yo refutaba explicando que era mi trabajo y que me gustaba mucho estar allí, como también en la sede de Caballito. Pero más allá de estas salidas, siempre me apenó el comentario, porque hacía visible todo lo que falta aún para que la educación en contextos de encierro se entienda plenamente como un derecho, y no como excepción o como una suerte. Cuando volvía a mi casa, ya cerca de la tarde-noche, llegaba con un cansancio atroz, un agotamiento totalmente desproporcionado, que no se explicaba por ningún esfuerzo por fuera de lo normal. Creo hoy que toda la realidad injusta que puebla comentarios como el anterior, más una serie de anécdotas vividas allí y la coyuntura misma del encierro y sus condiciones, se sienten físicamente; ningún docente puede quedar indiferente.

Participé luego de algunas otras actividades de Letras, organizadas por otrxs profesores de la carrera. Y tanto en esas instancias, como durante el cuatrimestre de 2016, entendí cuán importante es el programa UBA XXII y la educación universitaria en cárceles en general, desplegada también en otros territorios. Más allá de la posibilidad de obtener un título, de la adquisición de una formación específica disciplinar, las carreras cumplen allí otras funciones igual de importantes, como el sostenimiento de un proyecto a largo plazo y el fortalecimiento de las posibilidades de reinserción, tanto en un plano objetivo como personal.

## Liber liberatum

NSG

Estaba recordando mi ingreso al CUE e inmediatamente se dispara el pensamiento a otra experiencia de muerte y resurrección que he tenido.

La primera fue por una cuestión de salud. Y esto de llegar a Ezeiza fue más que morir... fue desaparecer.

Un mes estática, casi en shock, perdida en un recóndito lugar del que solo sabía el nombre, con mil laberintos sin principio ni final, sin saber de dónde venían o adónde iban.

La primera reacción fue preguntar por una biblioteca o algún espacio que funcionara como tal.

Inmediatamente me contactaron con el Centro de Estudios de la carrera de Letras y pronto llegó también la invitación a cursar algún taller o carrera. Me pareció que cursando Letras me podría encontrar con una circulación de textos literarios y materiales de lectura. Pero en el proceso de cursar fui descubriendo un grupo de docentes con una sensibilidad increíble y una gran vocación de cuidado al otro, dedicadas no solo a las cuestiones de estudio, sino preocupadas y anteponiendo siempre a las personas y su problemática, cruzando permanentemente la carrera con esa realidad que vivíamos.

En silencio observaba y reflexionaba que solo el amor a las personas puede ser el motor para esta acción de llegar a un lugar remoto y hostil, para ponernos al alcance no solo libros y conocimiento, sino acompañar de todas las maneras posibles luchando para que ese espacio de libertad que es el CUE siga vivo. Y contagiarse también con su propio ejemplo, desinstalándose, es decir, en continuo movimiento para que gente como yo, vuelva a aparecer.

Gracias a mi querido grupo de estudios, que persevera con nosotros, que nos acompañan, informan, asesoran y nos alientan todo el tiempo a seguir.

---

---

## Nuestro paso por el CUE

Inés de Mendonça

Josefina Cabo

Dictamos Literatura Argentina I B en el Centro Universitario Ezeiza en el segundo semestre de 2017; participamos en equipo. El grupo completo de ayudantes y JTPs (Juan Albin, Josefina Cabo, Juan Pablo Luppi, Inés de Mendonça y Emiliano Sued), con el acompañamiento de Adriana Amante, profesora a cargo de la materia, que avaló y diseñó el programa que se dictó prácticamente igual en Puan 480 que en Ezeiza. Ya éramos conocidos de UBA XXII, puesto que la materia también había sido dictada en el CUD en el segundo cuatrimestre de 2013, con un equipo reducido formado por el entonces el titular de cátedra –Julio Schvartzman–, Inés de Mendonça como JTP y Nora Idiarte, y el grupo había quedado con ganas de tener la experiencia en conjunto.

Cuando este año, en pandemia, nos reunimos a recordar y recuperar la práctica de aquel cuatrimestre descubrimos que la diferencia más grande entre el dictado dentro del CUE y la cursada habitual de Puan tenía que ver con el antes y el después: con el ingreso y con la salida del Centro Universitario. De algún modo, la “clase” en sí misma sostenía un tiempo-espacio en el que podíamos reflexionar sobre textos, formas, escrituras; y podíamos vincularnos con la literatura, poniendo en suspenso por momentos la instancia específica de la reclusión. Y no es que quisiéramos evitar esa circunstancia, sino que la especificidad, el compromiso, incluso la dificultad del “asunto” en sí hacía que nos abocáramos a desentrañar y exponer aquello sobre lo que íbamos a conversar cada semana. Pero el contexto carcelario hacía sus intrusiones, como cuando vinieron a llevarse a una alumna para una reunión con la celadora, o cuando se cortaba la circulación interna y había que quedarse a mitad de camino, entre salir y quedarse. O, de modo más tajante, cuando alguien no tenía permitido venir y podíamos intuir en esa prohibición algún tipo de castigo.

Tuvieron que pasar varias semanas hasta que surgió la conversación sobre lo cotidiano o los pesares e incluso los relatos sobre los hechos que habían llevado a las alumnas a estar en la cárcel. Pero estas charlas, esto que compartíamos, no cambiaba sustancialmente el desarrollo de los encuentros. Puede parecer forzado, pero no. El deseo y las ganas se concentraban en los nuevos aprendizajes, en las discusiones sobre los autores y –en particular– en la literatura nacional del siglo XIX. Es que todo aquello nos seguía interpellando como compatriotas. Hubo acuerdos y desacuerdos, en algunos casos intensos, respecto de aquello que llamábamos identidad nacional, frontera, territorio. A algunas estudiantes les costaba más un autor en particular que a otras les encantaba, y discutíamos a partir de esas preferencias.

De algún modo, la preparación previa de la cursada nos había enfrentado a una pregunta: ¿cómo enseñar Letras con lo mínimo e indispensable?, ¿qué era aquello a lo que podíamos renunciar y qué era lo definitivamente necesario? A contrapelo de la proliferación bibliográfica y audiovisual que inevitablemente (de un modo feliz o no) sucede cuando damos clase en Puan, la experiencia del CUE implicó el desafío de condensar al máximo los materiales de lectura. No había posibilidad de ingresar pendrives, ni computadoras para proyectar imágenes; tampoco teníamos ejemplares múltiples de los libros que veríamos, así que nuestras herramientas de trabajo fueron

---

---

unos anillados monumentales que, previo a la cursada, armamos con la ayuda de Sabrina Charaf y el equipo de UBA XXII. En esos compendios estaba todo: la literatura y la bibliografía crítica esencial completa. Durante las clases, ellas y nosotros trabajamos concentradamente sobre esa selección: leímos intensivamente, pues no había posibilidad de derivas internéticas ni había lugar para la tentación del hipervínculo infinito. Como docentes, esto nos hizo más presente que nunca la centralidad de la literatura como zona de indagación, de emergencia de sentidos, de discusión, y la importancia del espacio de lectura *in situ* y compartido. También nos suscitó un interrogante en el viaje de regreso de Ezeiza: ¿era tan distinto lo que leían nuestras alumnas del CUE de lo que veían nuestros alumnos de Puan?

Otros lazos de sentido, además, se trazaban: las obras se resignificaban a partir de las experiencias previas de lectura pero también de las biográficas (“Yo nunca quise leer este texto porque me sentía afuera, pero ahora lo leo y puedo repensar muchas cosas, identificarme y discutirlo”, nos decía una estudiante). No se trataba –solo– del acto de leer (y qué y cómo); la carrera de Letras, en la cárcel, es un espacio en el cual lo primero que se habilita es la certeza de que leer es un hecho social, posible para todos y con todos.

Del CUE nos llevamos, además, los momentos compartidos con las estudiantes antes y después de la clase; como cuando todos esperábamos, en el salón o en el patio, que nos vinieran a buscar y seguíamos conversando, té y mate por medio, sobre la materia y las lecturas o sobre bueyes perdidos.

También nos brindó el placer de trabajar en duplas, en parejas pedagógicas, experiencia que solo habíamos tenido esporádicamente en las cursadas habituales. Antes de cada clase, nos juntábamos para hacer una planificación conjunta de lo que haríamos, y fue muy enriquecedor compartir la experiencia de la clase pero también la evaluación que hacíamos a la vuelta, en el viaje, donde compartíamos sensaciones, pensábamos qué reforzar, qué daríamos la próxima. Por eso fue muy interesante la evaluación, que también fue colectiva; todos leíamos los parciales y las monografías, y consensuábamos las devoluciones.

Como corolario de aquel semestre, tuvimos la felicidad de reencontrarnos con algunas estudiantes en otras instancias. En un taller literario en el CUE, en charlas, y también en seminarios. En una mesa de examen final, en Puan, se presentó S. con ese tostón anillado de unas quinientas páginas, del que salían, prolijos, certeros, parejitos, numerosos post-its de colores diversos. S. acababa de salir de Ezeiza. Se la veía nerviosa pero claramente bien dispuesta. Tenía más años que el promedio de edad de los estudiantes de Puan, tenía las manos curtidas por el trabajo o la intemperie, tenía los ojos expectantes. Dio un examen gozoso, esmerado, minucioso, afectuoso. Y le agradecemos, porque S. tenía sobre todo la profunda convicción de que la literatura podía ser verdaderamente liberadora, lo que en su caso se volvió sensiblemente literal.

El rol social de la universidad en contextos de reclusión no persigue necesariamente la finalización de una carrera, ni la obtención de un título; pero comprobar que a algunas estudiantes hacer Letras les había despertado el deseo de enseñar y de seguir “por el camino de Puan” fue una satisfacción que, aunque no nos corresponda, sentimos vanidosamente también un poquito propia.

Equipo de Literatura Argentina I “B”

---

---

## Ese CUE del amor...

Cande

Entre gritos, cumbia y “recuentos”, el tiempo parecía haberse detenido en algún caprichoso círculo dantesco que jamás llegué a leer.

En esa mini ciudad de pasillos, rejas, botas y figuras deshumanizadas escucho: “podés bajar a Coto”.

—¿Coto? ¿Hay un Coto acá? —pensé—. ¡Qué ridículo!

Pero en ese instante, ese fiel reflejo del consumismo inútil parecía salvarme la vida... la vida que creía perder cada cinco minutos, la vida que caminaba junto a la muerte sin titubear.

—¡Podés ir al CUE! —escucho de casualidad.

Poco me costó entender que era la Universidad metida en las mismísimas entrañas de un sistema que de educación no entendía nada.

Poco me costó entender, más me costó llegar....

Infinidad de veces mi viejo intentando hacerle entender al títere de turno que sí estaba autorizado el ingreso de mi título secundario... Burocracia adentro y afuera, el mismo sistema retroalimentándose.

¡Y llegar al CUE! Woowowow, un lugar sin tiempo, en ese rincón olvidado, donde tuve compañeras hermanas... donde gané, ¡gané grandes amigas! Donde profes comprometidos me devolvían mi humanidad a través de su mirada.

Fue terrible pasar un año en la cárcel, pero ¡a mí me salvó el CUE!

Yo no sería la misma sin la cárcel. Yo no sería la misma sin el CUE adentro de la cárcel, dentro de mi Historia, dentro de mí...

Como dice Silvio: “solo el amor convierte el milagro en barro” ... Gracias CUE por ser el milagro que día a día sostuvo mis días en la noche más oscura del alma.